

Siempre al lado del enfermo



El tráfico, camino a mi trabajo, avanzaba abigarrado y denso. El bulevar mostraba las sombras largas del primer sol de la mañana. La modorra matinal de los conductores, acunada por la música o las noticias de la radio, se nos esfumó de golpe. Una ambulancia se adelantó muy veloz y con una brusca maniobra, por mi derecha..

El cambio de altura de la sirena de la ambulancia a medida que me alcanzaba y me sobrepasaba, logro estremecerme. Emergencia. Apuro. Correrme a un lado. Llegar. La vida. La muerte. Una chance. Imaginé que circulaban con alguien próximo a morir, cuando reconocí que se trataba de un vehículo de mi propio hospital

Al conductor de la ambulancia no pude identificarlo. Tenía un aire intelectual detrás de sus anteojos, la vista clavada al frente y parecía sumamente tenso. La sirena no dejaba de ulular *¡Vaya!* – pensé entre mí - *¡dos cuadras más y se le habrá estropeado la sirena!* El hecho que un médico esté sentado en la cabina al lado del conductor y no al lado del enfermo, mientras la ambulancia va tocando la sirena, puede ser absolutamente compatible con una mala praxis y abandono agravado de persona.

No había luz encendida en el compartimento del enfermo y alcancé a observar la camilla vacía. El que estaba sentado adelante, en el lugar del médico, parecía relajado. Su cabeza tirada hacia atrás, su boca abierta y un brazo, doblado y apoyando en la puerta con el vidrio bajo. El veloz vehículo era la imagen propia de la indolencia médica y de la prepotencia al conducir. Negligencia. Indiferencia. Insensibilidad. Abandono. *Lo único que le falta al tipo ese, es ir fumando...* - pensé y me sonreí, algo indignado.

Cuando llegué al hospital, usé la entrada norte del edificio, que quedaba al lado del departamento de emergencia y hablé con el recepcionista. Me confirmó que la ambulancia que acababa de ingresar, se dirigió directamente a la Guardia. - *A lo mejor, pidieron la ambulancia para una derivación de urgencia...* - traté de excusar a sus apurados ocupantes, pero me parecía demasiado raro, por tratarse el nuestro, de un hospital de alta complejidad y muy raro que haya necesidad de derivar un paciente a otro hospital...

Me acerqué a un grupo de personas que había observado el intempestivo ingreso del acelerado vehículo de auxilio, sin transportar a paciente alguno en su interior, pues entendí que se habían dado cuenta. Comentaban que hasta debieron hacerse a un lado, para no resultar atropellados. Eran el Director del Hospital, el Subdirector, el Jefe de Personal, el Presidente de la Cooperadora y otros, que estaban recorriendo la zona donde instalarían un nuevo tomógrafo, recientemente donado.

- *Con la tremenda epidemia de gripe que hay en la Ciudad, yo necesito las ambulancias en la calle y no haciendo estas payasadas...* – decía el médico Director a sus ocasionales acompañantes, mientras me miraba con el ceño fruncido, para luego, señalándome con un dedo, agregar – *En media hora lo*

quiero a usted en mi despacho; tiene que explicarme como Jefe de Guardia, que pasó con esa ambulancia.



- *¡¡Se les enfría la pizza!!* – comentó en tono burlón el presidente de la cooperadora del nosocomio.
- *¡¡O se les derrite el helado!!* – ironizó el vicedirector, con sus manos en los bolsillos y un gesto de enfado en la mueca de sus labios, mientras se dirigía a las zancadas a la guardia – *Además, con gente como ésta, hoy en día una pizza puede llegar más rápida a tu casa que una ambulancia... ¡Los voy a sancionar, los voy a echar a los dos!*

Enfilé hacia la guardia, inevitablemente escoltado por esa nutrida comitiva, siguiendo los pasos del decidido subdirector. Parecían ser todos expertos en medicina legal, pues mientras uno recordaba un caso de imputabilidad de las consecuencias, debido a que el médico de guardia y el conductor de la ambulancia se encontraban aguardando una pizza para ver un partido de fútbol, por lo cual tardaron en atender una llamada, otro opinaba a viva voz que era obligatorio que el médico siempre viajase atrás, al lado del enfermo. Y otro más, que los médicos y choferes se quedaban siempre durmiendo en las ambulancias. Sin embargo, ninguno se imaginó el espectáculo que nos aguardaba al llegar a la Sala de Guardia.

Observé al que conducía la ambulancia, un gigante de casi dos metros de altura, que con sus dos manos aprisionaba el abultado cuello del médico vicedirector, mientras lo elevaba hasta dejarlo suspendido en el aire. La cabeza del directivo golpeaba contra la pared de la sala de guardia, mientras sus cabellos se erizaban con cada empujón. Se le caían papeles de los bolsillos y hasta se le salió uno de sus zapatos. Gritos. Amenazas. Golpes. Algunas corridas. Más gritos. Más golpes. Gritos y más gritos. Caos total.

En el tumulto por separarlos, reconocí que la locomotora humana que castigaba al directivo, no era otro que uno de mis médicos de guardia, asignado a las ambulancias y luego que voló por el aire uno de los guardias de seguridad que intentó entrometerse, varias enfermeras, algunas secretarias y dos fornidos camilleros, consiguieron rescatarlo al maltrecho vicedirector, el cual solo repetía tembloroso:

- *Está bien, está bien... yo no lo sabía. Discúlpeme, por favor, discúlpeme...* - y recogiendo su lapicera estilográfica, el zapato y unas tarjetas, abandonó apresuradamente la Unidad de Emergencias.
- *¡Vos sos de los que piensan que el personal sanitario no tiene derecho a enfermarse!* – proclamaba a pesar de que se lo sacaron de las manos, la inmensa mole humana y le seguía gritando, mientras sus liliputienses compañeros intentaban contenerla a duras penas - *¡Vos sos de los que piensan que los médicos no tienen que comer, ni dormir! ¡Y todo se debe a que en tu perra vida, nunca asististe a un enfermo! ¡Siempre estuviste detrás de un escritorio...! ¡Vos tenés el título, pero no sos médico!*

Mientras todos se escabullían por las diferentes puertas y el ambiente pareció calmarse, la Supervisora de Enfermeras se acercó a explicarnos la causa de tan bochornoso espectáculo. Con sus ojos bien abiertos y denotando en su cara la

sorpresa, el miedo y sus deseos de serenar el clima de tensión, nos explicó al Director y a mí, qué era lo que realmente había sucedido.

La ambulancia cumplía con un servicio de emergencias, cuando su chofer, un hombre de más de cincuenta años, sufrió un infarto mientras manejaba y casi se estrella contra varios arboles. El médico lo reanimó y decidió venirse al volante con



el enfermo al lado, en el asiento del acompañante. Incluso había detenido varias veces la ambulancia y lo había asistido

- *Todos piensan que somos de hierro y que a nosotros, nada nos puede pasar, pero el doctorcito estuvo siempre al lado del enfermo...* – concluyó la enfermera, y se retiró. Había clima de reivindicación en la Guardia de Ambulancias.

El director se marchó sin decir nada y nunca me volvió a llamar. Esa mañana medité en la sabiduría de aquella máxima “*No se debe juzgar por la apariencia externa*”

fin